

# Los resultados de las elecciones presidenciales guatemaltecas en perspectiva

**MANUEL PIÑEIRO**

*Embajador de España en Guatemala desde 1993 a 1997*

Las elecciones presidenciales guatemaltecas a doble vuelta, 12 de noviembre y 26 de diciembre de 1999, dieron como resultado la elección del Licenciado Alfonso Portillo, del Frente Republicano Guatemalteco (FRG), como Presidente de la República. Las urnas habrían hablado, y el debate tendría que darse por terminado, podría decirse apelando al aforismo clásico. Sin embargo, el desenlace sigue aún provocando atención e interés, incitando al análisis de las causas de lo acontecido y, en general, invitando a una reflexión que va más allá de los límites de la antigua Capitanía General.

Quizás haya que comenzar por señalar lo obvio. Es todo menos fácil desentrañar las razones por las que el Partido de Avanzada Nacional (PAN), que pone fin decididamente al enfrentamiento interno que ha durado treinta y seis años, disfrutando de unas encuestas enormemente favorables tan solo unos meses antes de los comicios, con una obra física sin paralelo histórico, prácticamente por nadie discutida de forma mínimamente rigurosa, con un equipo de candidatos a la presidencia y vicepresidencia atractivo (un Oscar Berger, de excelente crédito personal y profesional como exitoso Alcalde de la ciudad capital, y una Arabella Castro, de gran recuerdo en su doble trayectoria como Ministra de Educación y con el entrevero de su periodo como Presidenta del Congreso), acaba precipitándose en una derrota sin paliativos. Tampoco resulta muy explicable, al menos desde el exterior, que el dueto Alfonso Portillo-Rios Montt acaben representando para el electorado guatemalteco su tarjeta de visita para el año 2000 y un siglo XXI que apuntan, uno y otro, más a horizontes de modernidad y a futuribles que a aparentes regresos al pasado.

Pero, por difícil o, cabe no excluirlo, imposible que resulte dilucidar lo sucedido, las cifras están ahí. Alfonso Portillo se proclamó Presidente con la fuerza y legitimidad de casi un millón ciento ochenta y cuatro mil novecientos treinta y dos votos, esto es todo un 68,32 %, contra quinientos cuarenta y nueve mil cua-

trocientos ocho, o lo que es lo mismo, un 31,8 % de Oscar Berger. La mera mención de estos guarismos merece un respeto, antes de pasar a un comentario de los mismos, más globalmente impresionista que remansado en aspectos puntuales de lo acontecido.

Hay causas, en primer lugar, externas al complejo país que es Guatemala. Son las que algunos engloban dentro de lo que se ha dado en llamar melancolía de las democracias. El escritor argentino Abel Posse se refería no hace mucho a que las democracias formales de hoy en América estaban desprovistas de todo atractivo, teniendo tanto *sex-appeal* como un par de tijeras. J. Vidal-Beneyto, también en épocas cercanas, incidía en la crisis de la política, que limitaba la participación ciudadana al voto y que traía como cosecha un inocultable abstencionismo percible globalmente (véase lo sucedido a lo largo del mismo 1999, en las autonómicas de Cataluña, en las parlamentarias europeas, o en Austria o Portugal...) y, por añadidura en América Latina, reintroducía a los nacional populismos de antaño (el nuevo paradigma venezolano, que parece entrar en aguas turbulentas, o el conato fallido por el momento de algo en esa línea intentado en Ecuador, o la nueva etapa abierta, abierta en más de un sentido, en Perú)... I. Sotelo, en fin, titulaba uno de sus trabajos referentes al tema y a sus alrededores como: "¿Presagios de descomposición?", pasando revista a toda una serie de signos que, no obstante su confesada desconfianza hacia explicaciones tan generalizadoras como quizás peligrosamente simplistas, le hacían ver, en cierta acumulación de síntomas, el esbozo de la crisis simbolizada en la inquietante interrogación que contenían las palabras del citado título.

Existían, después, razones propiamente endógenas, cuyo recorrido cabe comenzar por un hecho: en los años transcurridos del proceso de transición democrática que arranca con el golpe militar de 1982, con ya cuatro elecciones presidenciales celebradas, el partido en el poder lo pierde sistemáticamente al término de su único mandato y hasta, en la práctica, se sepulta en el olvido o prácticamente desaparece. Preguntarse ahora por lo que ha sucedido con la Democracia Cristiana Guatemalteca, o con el MAS de Serrano o con la UCN del malogrado Jorge Carpio, remite al excepcional referente español que supone nuestra extinta UCD.

Pero, más allá de la volatilidad reafirmada del electorado guatemalteco, parecen haber operado otros factores que han jugado un papel decisivo en la victoria del binomio Alfonso Portillo-Ríos Montt. En primer término, la personalidad populista de Portillo, un Chávez sin uniforme a la guatemalteca, con una oratoria caliente y directa, al igual que la, no por contradictoria menos sugerente para muchos, imagen de Ríos Montt, ganadora de vinculaciones y accesiones numerosas, tanto por vía religiosa (esas creencias *fast food*, tan de nuestro tiempo,

en las que se inserta el pentecostalismo fundamentalista) como por la política, como figura capaz de imponer ley y orden en un país, no el único en nuestra América, que sufre una inseguridad que cruza todos los segmentos de la sociedad guatemalteca sin excepción. Ha estado presente, también, el tenaz trabajo de un partido, el FRG, que se quedó sólo a treinta mil votos de triunfar en las presidenciales de 1995 y que se ha movido con diligencia y soltura en estos años, obteniendo buenos resultados en cuantas convocatorias electorales se han registrado, pugnando por presentarse como lo contrario de la imagen ultracapitalista y elitista de sus adversarios del PAN. Quedan también su tan políticamente hábil como escasamente escrupulosa explotación de las privatizaciones, de las quiebras de algunas financieras y de los vaivenes de conducción de la campaña presidencial panista, que acusó las disfunciones de una cierta bicefalía, castigada de forma inmisericorde en las urnas...

Simplificando: derecha populista contra derecha neoliberal, con la no por prometedor aún todavía muy corta puntuación, para un país como Guatemala, de la izquierda representada por la Alianza Nueva Nación (ANN), partido bisagra propio de un sistema electoral de tipo mayoritario imperfecto, el nuevo capítulo histórico abierto por el Presidente Portillo, que tomó posesión el pasado 14 de enero, se presentaba, se presenta, ante un futuro incierto. A las dificultades de una economía no ciertamente exenta de dificultades, con un déficit social y humano aún de enorme magnitud, había que añadir el escepticismo que impregnaba el eventual comportamiento de la confusa amalgama de los que ahora tenían la responsabilidad de gobernar el país. Personalidades tan biológica y biográficamente distintas como son el ex-marxista Portillo, o el General ya reinstalado en la presidencia del Congreso o el propio Vicepresidente Reyes López, junto con las heterogéneas presencias en el equipo de militares del pasado, del antiguo cerebro demócrata-cristiano Alfonso Cabrera, o del ex Presidente Ramiro de León, u hombres de izquierda (el Secretario de la Paz, Rubén Calderón)..., iban a tener que coordinar discurso y acción en lo que se antojaba *a priori* un recorrido lleno de peripecias, lindando siempre con desacuerdos y/o no excluibles rupturas.

Por otra parte, aunque Guatemala, a la que espera un camino largo que recorrer para cerrar las heridas del pasado, necesita como todos, pero más que muchos, de consensos que faciliten la gobernabilidad, ésta no parece fácil tanto por lo que enseña el reciente pasado (siempre deficitario en la suma de voluntades apartidistas en torno a un proyecto común) como por los rastros que hayan quedado tras una porfía electoral dura y visceral.

No se caracterizó ya en sus primeros pasos, el nuevo Gobierno por haber tomado, como aquel personaje de *Lo raro es vivir* de Carmen Martín Gaité, dema-

siadas indecisiones, sino todo lo contrario. Una indígena, Otilia Lux, como Ministra de Cultura, el anuncio de un cambio radical en la estructura del Ministerio de Defensa y del Ejército en general, ciertos nombramientos, la promesa de ir hasta las últimas consecuencias para esclarecer el asesinato de Monseñor Gerardi..., marcaban un intento de conseguir más libertad de movimientos, mientras se dibujaba la posibilidad de una Asamblea Constituyente, que reforzaría el parecido con el ejemplo venezolano...

Hoy, unos seis meses después, la situación parece haber entrado en un período de pérdida de consistencia, acentuándose los factores negativos y debilitándose aquellos puntos de partida que posibilitaban una visión posibilista y hasta esperanzadora, dentro de las dificultades, de la acción de nuevo Gobierno. Con una izquierda testimonial, un PAN oscurecido por los efectos de la derrota electoral y aún no cercano a la recuperación de su rumbo, y un partido en el poder con inocultables divergencias internas, Guatemala ha visto aumentar el escepticismo y contemplado cómo se refuerza el bando de los pesimistas. Lo que no es baladí en un país que ofrece unas estadísticas de desencantados de la política y de la democracia por encima de la media centroamericana (es esclarecedora a este respecto la lectura de las páginas dedicadas a Guatemala en el libro de Manuel Alcántara, *Sistemas políticos de América Latina*, Volumen II, Tecnos, 1999).

Pero todo está por ver aún y queda tiempo para una recuperación del pulso nacional. En efecto, pocos pueblos hay tan merecedores, por su extraordinario factor humano y capacidad de liderazgo, en el mejor y más exigente sentido de esta palabra, que el guatemalteco, de historia ardua y compleja, que a finales de 1996 imprimió un vigoroso impulso histórico a favor de la paz, reconciliación y desarrollo. De ahí que haya que desearle al aún joven Gobierno que sepa granjearse los apoyos y acompañamientos necesarios, para contribuir a traer a Guatemala y a los guatemaltecos todo el progreso en libertad y con respeto de los Derechos Humanos que se merecen sus ciudadanos. ●

## BIBLIOGRAFÍA

"Visión global de la cooperación para el desarrollo" Angel Martínez Tablas, CIP, Ed. Icaria, Madrid, 1995.

"La Encrucijada del Desarrollo Humano", IUCD/UCM, Madrid, 1997.

"Informes, Desarrollo humano, PNUD 1997 - 1998"

Guadalupe Ruiz-Giménez, Ponencia IV Encuentro III Sector, Memoria Buenos Aires 1999.

Declaraciones finales Cumbres Iberoamericanas (Recopilación Casa de América (Madrid 1996).

Convenio de Bariloche, Convenio para la Cooperación en el marco de la Conferencia Iberoamericana, Argentina 1995.